

La editorial Sígueme, reúne en este libro los textos que tal vez Adolphe Gesché hubiera utilizado para hacer una reflexión sobre la fe, más amplia y sistemática que formara parte de su serie *Dios para pensar*. Son estas unas pinceladas luminosas y sugerentes que guardan una profunda cohesión interna y tienen la virtud de constituir una estimulante provocación: pensar *la paradoja de la fe*. Para situar en su contexto estas reflexiones hay que situarse en el hito que marcó en la vida eclesial el concilio Vaticano II y el período posterior de su recepción, marcado por una profunda y fecunda reflexión teológica. El diálogo del cristianismo con las corrientes del pensamiento contemporáneo, propuesto por la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, señala el enfrentamiento de dos visiones del mundo: la del humanismo cristiano, apoyada en la Revelación y la derivada del humanismo ateo.

Adolphe Gesché, teólogo de Lovaina, captando la importancia del momento y el desafío que representa escuchar los “ecos” de la otra ladera y superar el desprecio de la dimensión “secular”, supo percibir la relevancia de volver a proponer la fe al mundo de hoy, un mundo paradójico marcado por el debilitamiento progresivo de los grandes sistemas ideológicos y por la interrupción de las grades narrativas, donde surgen progresivamente, por un lado nuevas formas de superstición y de religiosidad, por otra, nuevas derivas integristas y fundamentalistas de la religión. Gesché realiza así un doble itinerario: por una parte, recoge las cuestiones y aportaciones del pensamiento “secular”; por otra, pro-

374

pone de nuevo la inteligibilidad que la trascendencia puede aportar a una reflexión sobre el mundo y el hombre. Ve con clarividencia cómo la religión es reconducida al límite de la razón natural y relegada a la esfera de lo privado. Es desde esta percepción que considera necesario afirmar públicamente los derechos de la fe y de proponer un “exceso” para pensar al hombre allí donde se ha declarado la “muerte de Dios” (Marx, Nietzsche, Freud) y comienza a escucharse la “muerte del hombre” (Foucault, Malraux). El discurso de la fe instituye así el derecho al misterio, a lo simbólico, a la pluralidad de significaciones, a lo no cerrado, a la duda, a la perplejidad. En este sentido hay que intentar entender que la lógica de la fe no es de este mundo, ya que propone al hombre un *logos* muy distinto, el de un amor que se dice en una cruz. Es esta una paradoja que excede todo pensamiento, pero que corresponde plenamente a la medida del deseo del ser humano.

Es enriquecedor adentrarse en la lectura de las cuatro reflexiones que contiene esta obra: *El lugar de la fe. Fe y verdad. El creyente hoy en una sociedad laica y Los desafíos actuales y la fe del futuro*, para constatar cuán lúcido y profético es el pensamiento de Gesché, a la hora de situar al cristianismo con los pies sobre la tierra y relanzarlo a tomar conciencia de que tenemos, más que nunca, algo que decir y que debe ser oído: “la palabra urgente, ardiente, olvidada, de acuerdo con la segunda parte del famoso dístico de Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es ver a Dios”. Esta segunda parte es la que hay que gritar, pero no es posible decirla ni vivirla si negamos en la teoría o en la práctica la primera.— M. S. Ferrero.